

# Capítulo 1

Oxfordshire, Inglaterra, 1816

*Si escardaras poco a poco todo el mundo...*

Arabella Blydon parpadeó. No podía ser correcto. No había jardineros en *Un cuento de invierno*. Se alejó el libro de la cara. Aún veía peor. Lo acercó un poco, y lentamente fue enfocando las letras de la página.

*Si casaras poco a poco a todo el mundo...*

Belle suspiró y se recostó contra un tronco. Así tenía mucho más sentido. Parpadeó un par de veces para que sus brillantes ojos azules enfocaran las palabras de la página que tenía delante. Pero se negaban a obedecer, y no se iba a poner a leer con el libro pegado a la cara, así que entornó los ojos y perseveró.

Sintió un viento frío, y miró el cielo nublado. Sin duda iba a llover, pero si tenía suerte, todavía faltaba una hora hasta que empezaran a caer las primeras gotas. Era justo el tiempo que necesitaba para terminar *Un cuento de invierno*. Y eso marcaría el final de su «Estudio de las obras completas de Shakespeare», una actividad casi académica en la que ocupaba su tiempo libre desde hacía casi seis meses. Había comenzado con *A buen fin no hay mal principio*, y proseguido alfabéticamente, pasando por *Hamlet*, todos los Enriques, *Romeo y Julieta*, y un montón de otras obras que no sabía que existían. No estaba exactamente segura de la razón por la que lo ha-

cía, aparte del simple hecho de que le gustaba leer, pero ahora que el final estaba cerca, le fastidiaba que unas gotas se le interpusieran.

Belle tragó saliva y miró de un lado a otro, como si temiera que alguien hubiera escuchado que había maldecido mentalmente. Volvió a mirar hacia el cielo. Un rayo de sol se abrió paso a través de un pequeño agujero entre las nubes. Belle lo tomó como una buena señal y sacó un sándwich de pollo de una cesta de merienda. Lo mordió con delicadeza y volvió a coger el libro. Como antes, las palabras no parecían dispuestas a ser enfocadas así que se acercó más el libro a la cara y tuvo que hacer varias muecas hasta que consiguió leer.

—Así está bien, Arabella —dijo en voz alta para sí misma—. Si puedes mantener esta pose tan incómoda durante otros cuarenta y cinco minutos, no tendrás problemas para terminar el libro

—Claro que en ese punto probablemente tendrá la cara muy dolorida —dijo alguien con voz cansina detrás de ella.

Belle dejó caer el libro y volvió la cabeza. A pocos metros había un hombre con atuendo informal aunque elegante. Su cabello era color marrón chocolate al igual que sus ojos. Miraba su merienda solitaria con expresión divertida, y su relajada postura indicaba que llevaba un rato observándola. Belle se quedó mirándolo, incapaz de pensar en nada que decir, deseando que su expresión desdeñosa lo pusiera en su lugar.

No pareció funcionar. De hecho, la miraba incluso más entretenido:

—Necesita gafas —dijo simplemente.

—Y usted está aquí sin permiso —replicó ella.

—¿Ah sí? Más bien pensaba que era usted quien había entrado aquí sin estar autorizada.

—Por supuesto que no. Esta tierra pertenece al duque de Ashbourne. Mi primo —añadió enfática.

El extraño señaló hacia el oeste.

—Ésa es la tierra del duque de Ashbourne. El límite es ese río. Así que es usted quien ha entrado aquí sin permiso.

Belle entornó los ojos y se pasó un mechón de su ondulado cabello por detrás de la oreja.

—¿Está seguro?

—Completamente, sé que las posesiones de Ashbourne son enormes, pero no infinitas.

Ella se movió incómoda:

—Oh. Bien, en ese caso lamento mucho haberlo molestado —dijo con voz altiva—. Cogeré mi caballo y saldré de aquí.

—No sea tonta —dijo él enseguida—. Espero no tener tan mal carácter como para no permitir que una dama lea bajo uno de mis árboles. Por supuesto que puede quedarse aquí todo lo que quiera.

Belle consideró que de todos modos debía marcharse, pero la comodidad superó su orgullo.

—Gracias. Llevó aquí varias horas y estoy bastante cómoda.

—Ya lo veo. —Sonrió levemente, y Belle tuvo la impresión de que no era un hombre que sonriese a menudo—. Tal vez debería presentarse —dijo— dado que va a pasar el resto del día en mis tierras.

Belle dudó, incapaz de discernir si estaba siendo condescendiente o simplemente cortés.

—Perdone. Soy lady Arabella Blydon.

—Encantado de conocerla, milady. Soy lord John Blackwood.

—¿Cómo está?

—Muy bien. Pero de todos modos usted sigue necesitando unas gafas.

Belle sintió que la columna se le ponía rígida. El mes pasado Emma y Alex la habían animado para que se examinara la vista, pero al fin y al cabo ellos eran familia. Este lord John Blackwood era un perfecto desconocido y ciertamente no tenía derecho a hacerle tal sugerencia.

—Esté seguro de que consideraré su consejo —murmuró de mala gana.

John inclinó la cabeza y sonrió con ironía.

—¿Qué está leyendo?

—*Un cuento de invierno*.

Belle se quedó a la espera de los tradicionales comentarios condescendientes sobre las mujeres y la lectura.

—Una obra excelente, aunque creo que no es la mejor de Shakespeare —comentó John—. A mí personalmente me encanta Co-

*riolano*. No es muy conocida pero me gusta mucho. Usted podría leerla en algún momento.

Belle se olvidó de alegrarse por haber encontrado a un hombre que de hecho la estaba animando a que leyera y dijo:

—Gracias por la sugerencia, pero ya la he leído.

—Estoy impresionado —dijo John—. ¿Ha leído *Otelo*?

Ella asintió.

—¿*La tempestad*?

—Sí.

John buscó en su cabeza la obra más oscura de Shakespeare que se le pudiera ocurrir:

—¿Y *El peregrino apasionado*?

—No es mi favorita, pero hice el esfuerzo de leerla.

Belle intentaba impedir la sonrisa que estaba asomando en su cara sin conseguirlo.

Él se rió para sí mismo.

—La felicito, lady Arabella. No creo siquiera haber visto nunca un ejemplar de *El peregrino apasionado*.

Belle sonrió y aceptó amablemente el cumplido y abandonó la actitud antagónica que había tenido antes hacia ese hombre.

—¿Quiere sentarse conmigo unos minutos? —le preguntó señalando el espacio vacío de la manta sobre la que estaba sentada—. Todavía me queda gran parte de la merienda, y me encantaría compartirla con usted.

Por un momento pareció que él aceptaría. Abrió la boca para decir algo, pero soltó un pequeño suspiro y la cerró. Cuando finalmente habló, su voz era muy fría y formal y todo lo que dijo fue:

—No, gracias.

Se separó de ella un par de pasos y volvió la cabeza para contemplar los campos.

Belle inclinó la cabeza y estaba a punto de decir algo más cuando advirtió sorprendida que cojeaba. Se preguntó si habría sido herido en las guerras de la península Ibérica. Lord Blackwood era un hombre interesante. No le hubiese importado en absoluto pasar una hora en su compañía. Y, tenía que admitirlo, era bastante guapo, con

rasgos fuertes y equilibrados, y un cuerpo delgado y fornido a pesar de la pierna lisiada. Sus ojos eran marrones y aterciopelados, y claramente expresaban inteligencia, aunque también parecían cargados de dolor y escepticismo. De hecho, comenzaba a parecerle muy misterioso.

—¿Está seguro? —le preguntó.

—¿Seguro de qué? —respondió sin volverse.

A ella le molestó su tosquedad.

—Seguro de que no quiere merendar conmigo.

—Completamente.

Eso le llamó la atención. Era la primera vez en que alguien parecía estar tan seguro de no querer su compañía.

Belle se sentó incómoda sobre la manta, con *Un cuento de invierno* posado sobre la falda. Era difícil decir algo más pues casi le estaba dando la espalda. Pero hubiera sido una descortesía volver a ponerse a leer.

De pronto John se giró por completo y se aclaró la garganta.

—No fue muy elegante decirme que necesitaba gafas —dijo ella de pronto más que nada para decir algo antes de que lo hiciera él.

—Lo siento. Nunca se me han dado bien las conversaciones formales.

—Tal vez debería conversar más —replicó ella.

—Si no fuera por su tono de voz, milady, sospecharía que está flirteando conmigo.

Ella cerró de golpe *Un cuento de invierno* y se levantó.

—Ya veo que no miente. No es que no sepa mantener una simple conversación, es que carece totalmente de educación.

Él se encogió de hombros y dijo:

—Una de mis muchas peculiaridades.

Ella se quedó con la boca abierta.

—Compruebo que no comparte mi particular sentido del humor.

—No creo que mucha gente lo haga.

Hubo una pausa, y entonces apareció en sus ojos una luz extraña y triste que desapareció al instante. Su tono de voz se volvió serio:

—No vuelva a venir sola por aquí.

Belle metió sus pertenencias en su bolsa.

—No se preocupe. No volveré más.

—No estoy diciendo que no vuelva a mi propiedad, sino que no lo haga sola.

Ella no sabía qué contestarle así que simplemente dijo:

—Me voy a casa.

Él miró hacia el cielo.

—Sí. Probablemente debería hacerlo. Pronto se pondrá a llover. Tengo que caminar más de dos kilómetros hasta llegar a mi casa. Seguro que llego empapado.

Ella miró a su alrededor.

—¿No ha traído caballo?

—Algunas veces, milady, es mejor usar las piernas. —Inclinó la cabeza—. Ha sido un placer.

—Tal vez para usted —susurró Belle mientras lo miraba alejarse.

Su cojera era bastante pronunciada, pero se podía mover con más rapidez de lo que pensaba. Belle siguió mirándolo hasta que desapareció por el horizonte. Sin embargo, mientras montaba su yegua, un pensamiento apremiante apareció en su cabeza. Cojeaba. ¿Qué tipo de hombre era si prefería ir andando?

John Blackwood escuchó el sonido de los cascos de la yegua de lady Arabella cuando se puso a galopar. Se había comportado como un idiota.

Volvió a suspirar, aunque esta vez en alto, con pena, odio a sí mismo y simple y pura irritación. Maldición. Ya nunca sabía qué decir a las mujeres.

Belle regresó a Westonbirt, la casa de sus parientes. Su prima americana, Emma, se había casado con el duque de Ashbourne pocos meses antes. Los recién casados habían preferido la privacidad de la vida del campo a Londres, y desde su boda residían casi continuamente

en Westonbirt. Claro que la temporada ya había terminado así que no había nadie en Londres. De todos modos, Belle tenía la sensación de que Emma y su marido preferían evitar la vida social londinense, a pesar de que la nueva temporada ya estaba en marcha.

Belle suspiró. Sin duda regresaría a Londres la temporada siguiente. Y tendría que volver al mercado matrimonial para buscar un marido. Ya se estaba hartando de todo el proceso. Había estado expuesta durante dos temporadas y había acumulado una docena de propuestas, pero las había rechazado todas. Algunos de los hombres habían sido completamente inapropiados, aunque la mayoría eran correctos, bien relacionados y bastante agradables. Pero parecía que no podía aceptar a un hombre por el que no sintiese sentimientos profundos. Y ahora que vislumbraba lo feliz que era su prima, sabía que le iba a ser muy difícil aceptar a alguien que no colmara sus verdaderos sueños.

Cuando comenzó a llover más fuerte Belle espoleó su caballo para que galopara más rápido. Ya eran casi las tres, y sabía que Emma tendría el té preparado para cuando volviera. Llevaba tres semanas con ella y su marido, Alex. Pocos meses después de la boda de Emma, los padres de Belle habían decidido pasar unas vacaciones en Italia, y Ned, su hermano, había regresado a Oxford para terminar el último año, así que no tenían que preocuparse de él. Emma ahora estaba casada y establecida por lo que era la dama de compañía ideal para Belle.

No podía imaginar una situación más agradable. Emma era su mejor amiga, y después de todas las travesuras que habían pasado juntas, era muy divertido ser su acompañante.

Dio un suspiro de alivio cuando al subir cabalgando por la colina vio Westonbirt alzándose en el horizonte. Era un edificio enorme y elegante, con largas y estrechas filas de ventanas que recorrían toda la fachada. Belle comenzaba a sentirlo como su hogar. Se dirigió a los establos, dejó la yegua a un mozo de cuadra, y riéndose se fue a toda prisa hacia la casa intentando esquivar las gotas de lluvia que habían comenzado a caer con furia. Tropezó en los escalones de la entrada y antes de que pudiera abrir la pesada puerta, lo hizo el mayordomo con un gesto elegante.

—Gracias Norwood —dijo—. Me debe de haber estado esperando. Norwood inclinó la cabeza.

—Norwood, ¿ha regresado Belle?

La voz femenina flotó en el aire, y Belle escuchó las pisadas de su prima por el pasillo que conducía al vestíbulo.

—Está lloviendo mucho —Emma se giró y entró en el vestíbulo—. ¡Oh, bien! Has vuelto.

—Un poco mojada pero no ha sido nada —dijo Belle alegremente.

—Te dije que iba a llover.

—¿Te sientes responsable de mí ahora que eres una dama vieja y casada?

Emma puso una cara que expresaba con exactitud lo que pensaba sobre eso.

—Pareces una rata ahogada —dijo sin ambages.

Belle hizo un gesto igualmente desagradable.

—Me cambio de ropa y en un momento bajo a tomar el té.

—En el estudio de Alex —le advirtió Emma—. Hoy nos acompañamos.

—Oh, bien. Enseguida bajo.

Belle subió las escaleras y llegó al laberinto de pasillos que llevaban a su habitación. Rápidamente se despojó de la ropa de montar empapada, se puso un vestido azul claro y volvió a bajar por las escaleras. La puerta del estudio de Alex estaba cerrada y se escuchaban algunas risitas así que llamó prudentemente antes de entrar. Hubo un momento de silencio y después Emma dijo:

—¡Entra!

Belle sonrió para sí misma. Cada minuto aprendía más y más sobre el amor matrimonial. Menuda dama de compañía estaba resultando ser Emma. Alex y ella no dejaban de tocarse el uno al otro cada vez que pensaban que no había nadie mirando. La sonrisa de Belle aumentó. No estaba exactamente segura sobre los detalles de cómo hacer bebés, pero tenía la sensación de que todo ese toqueteo tenía algo que ver con el hecho de que Emma ya estaba embarazada. Belle empujó la puerta y entró en el estudio de Alex que era muy grande y masculino.



—Buenas tardes, Alex —dijo—. ¿Qué tal te ha ido el día?

—Más seco que el tuyo —dijo mientras echaba leche en su taza ignorando por completo el té—. Todavía te chorrean los rizos.

Belle se miró los hombros. La tela de su vestido estaba húmeda por su cabello. Se encogió de hombros.

—Oh, bueno, no hay mucho que pueda hacer. —Se acomodó en el sofá y se sirvió una taza de té—. ¿Y cómo te ha ido hoy, Emma?

—Ha sido todo bastante tranquilo. He estado examinando algunos de los libros de cuentas e informes sobre nuestras tierras en Gales. Parece que hay algún problema. Estoy pensado en ir allí para indagar.

—No quiero que vayas —dijo Alex refunfuñando.

—¿Ah, no? —respondió Emma.

—No irás a ninguna parte los próximos seis meses —añadió mirando amorosamente a su esposa de cabello color rojo fuego y ojos violetas—. Y probablemente tampoco los seis meses siguientes.

—Si piensas que voy a quedarme en cama hasta que llegue el bebé estás mal de la cabeza. Y además tienes que aprender quién manda aquí.

—Bien, entonces, tú...

—Parad, parad —se rió Belle—. Ya es suficiente. —Movi6 la cabeza. Menudo par de testarudos. Eran perfectos el uno para el otro—. ¿Por qué no os cuento cómo me fue a mí?

Emma y Alex se volvieron hacia ella expectantes. Belle dio otro sorbo al té para calentarse.

—En realidad he conocido a un hombre bastante raro.

—¿De verdad? —Emma se inclinó hacia delante.

Alex se apoyó hacia atrás mientras sus ojos vidriosos miraban con expresión aburrida.

—Sí. Vive cerca de aquí. Creo que sus tierras bordean las vuestras. Su nombre es lord John Blackwood. ¿Lo conocéis?

Alex soltó enseguida:

—¿Has dicho John Blackwood?

—Creo que me dijo lord John Blackwood. ¿Por qué? ¿Lo conoces? John Blackwood es un nombre bastante común.

—¿Cabello castaño?

Belle asintió.

—¿Ojos marrones?

Belle volvió a asentir.

—¿Como de mi altura y de constitución media?

—Creo que sí. No tenía la espalda tan ancha como tú, pero creo que era como de tu altura.

—¿Cojeaba?

—¡Sí! —exclamó Belle.

—John Blackwood, maldita sea —Alex movió la cabeza incrédulo.

—También es lord. Debe de haberse ganado el título por sus méritos militares.

—¿Luchó contigo en la guerra? —preguntó Emma.

Cuando Alex finalmente respondió, sus ojos verdes miraban hacia el pasado.

—Sí —dijo suavemente—. Dirigía su propia compañía, pero nos veíamos a menudo. Siempre me he preguntado qué le ocurrió. No sé por qué no he intentado saber de él. Supongo que me daba miedo descubrir que había muerto.

Esto llamó la atención de Belle.

—¿A qué te refieres?

—Es extraño —dijo Alex lentamente—. Era un soldado excelente. En nadie podías confiar más. Era absolutamente desinteresado. Siempre se ponía en peligro para salvar a los demás.

—¿Por qué eso es extraño? —preguntó Emma—. Parece un hombre muy honorable.

Alex volvió la cabeza hacia las dos damas y de pronto su expresión fue muy clara.

—Lo extraño es que para ser un hombre que no parecía darle importancia a su bienestar, se comportó de manera curiosa cuando lo hirieron.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Belle con ansiedad.

—El cirujano le dijo que tenía que cortarle la pierna. Y debo decir que fue muy insensible. John todavía estaba consciente en ese

momento, y el muy sanguijuela ni siquiera se molestó en decírselo a la cara. Simplemente se volvió a su ayudante y le dijo: «Tráeme la sierra.»

Belle se estremeció. La imagen de John Blackwood tan maltratado sorprendentemente le dolió.

—Se volvió loco —continuó Alex—. Nunca he visto nada como aquello. Agarró al cirujano por la camiseta hasta que quedaron nariz con nariz. Y considerando la cantidad de sangre que había perdido, lo sujetó con una fuerza excepcional. Yo iba a intervenir, pero cuando escuché su tono de voz, retrocedí.

—¿Qué dijo? —preguntó Belle al borde de su asiento.

—Nunca lo olvidaré. Dijo: «Si me cortas la pierna, pongo a Dios por testigo de que te cogeré y te cortaré la tuya.» El doctor lo dejó en paz y le dijo que lo dejaría morir si eso era lo que quería.

—Pero no murió —dijo Belle.

—No, no lo hizo. Pero estoy seguro de que fue el final de sus días en el ejército. Lo que probablemente fue lo mejor. Era un soldado increíble, pero siempre pensé que aborrecía la violencia.

—Qué raro —murmuró Emma.

—Sí, bueno, era un hombre interesante. Me caía bien. Tenía un excelente sentido del humor cuando quería mostrarlo. Pero en general era más bien retraído. Y tenía el sentido del honor más estricto que nunca haya visto.

—¿De verdad, Alex? —bromeó Emma—. Nadie puede ser más honorable que tú.

—Ay, mi encantadora y leal esposa.

Alex se inclinó hacia delante y besó la frente de Emma.

Belle se recostó en su asiento. Quería saber más de John Blackwood, pero no parecía haber ninguna manera elegante de pedirle a Alex que le contara más cosas. Le molestaba bastante admitirlo, pero no podía negar que estaba increíblemente interesada en ese hombre tan poco corriente.

Belle toda la vida había sido muy práctica, muy pragmática y siempre se había negado a engañarse a sí misma. John Blackwood la había intrigado esa tarde, pero ahora que conocía un poco su histo-

ria le fascinaba. Cualquier detalle suyo, desde la curvatura de sus cejas a la manera en que el viento despeinaba su cabello levemente ondulado, cobraba un nuevo sentido. Y su insistencia en ir a pie adquiriría un sentido aún mayor. Después de luchar tan ferozmente para salvar su pierna, era natural que quisiera usarla. Le parecía un hombre de principios. Un hombre en el que se puede confiar o contar con él. Un hombre cuyas pasiones eran muy profundas.

Estaba tan sorprendida del giro que habían tomado sus pensamientos, que la cabeza le dio una pequeña sacudida. Emma advirtió el movimiento y le preguntó:

—¿Estás bien, Belle?

—¿Qué? Oh, me duele un poco la cabeza. En realidad es más como una punzada. Ya ha pasado.

—Oh.

—Probablemente es por todo lo que he leído —continuó Belle a pesar de que Emma parecía dispuesta a pasar del tema—. Últimamente me cuesta mucho enfocar las letras. Creo que tal vez deberían examinarme la vista.

Si Emma se sorprendió de que su prima admitiera de pronto que su vista ya no era lo que había sido, no lo mencionó.

—Muy bien. Hay un excelente doctor en el pueblo. Veremos lo que podemos hacer.

Belle sonrió y cogió su taza de té. Comenzaba a hacer frío. Y entonces Emma dijo algo maravilloso.

—¿Sabes qué tendríamos que hacer? —dijo la duquesa a su marido—. Deberíamos invitar a ese John Blake...

—John Blackwood —la interrumpió Belle enseguida.

—Perdón, a ese tal John Blackwood a cenar. Con Belle aquí quedaremos bien emparejados y no tendremos que buscar a ninguna mujer para estarlo.

Alex apoyó su vaso.

—Una idea estupenda, querida. Creo que me gustará bastante recuperar nuestra amistad.

—Entonces está decidido —dijo Emma dándolo por hecho—. ¿Le envío una nota, o mejor vas tú a invitarlo en persona?

—Creo que iré yo. Estoy impaciente por volver a verlo, y además, sería descortés por mi parte no tener en cuenta el hecho de que me salvó la vida.

Emma empalideció.

—¿Qué?

Alex sonrió tímidamente.

—Sólo una vez, amor mío, y no tiene sentido disgustarse por eso ahora.

La imagen que presentaba la pareja en esos momentos era tan tierna que para Belle era casi doloroso mirarlos. Se excusó en voz baja, salió del estudio y subió al piso de arriba donde las últimas páginas de *Un cuento de invierno* la esperaban en su habitación.

¿John Blackwood había salvado la vida de Alex? Apenas podía comprenderlo. Parecía que su nuevo vecino guardaba más de lo que mostraba su exterior un tanto tosco.

John Blackwood tenía secretos. Belle estaba segura de ello. Hubiera apostado que la historia de su vida dejaba pequeño a Shakespeare. Todo lo que tenía que hacer era investigar un poco. Esa excursión al campo iba a resultar mucho más emocionante de lo que esperaba.

Por supuesto no iba a poder desvelarle todos sus secretos hasta que no se hiciese amiga de él. Y él había dejado bastante claro que ella no le gustaba mucho.

Eso le resultaba tremendamente irritante.